

# Volver a volar

El vacío de nuestro interior, por los ojos de un niño.

Cada vez que cierro los ojos, recuerdo los gritos de mi padre, como me decía que me fuera a su habitación a cuidar de mi hermana, que no saliera de ella, corriendo, con mi madre inconsciente en sus brazos por el pasillo de casa, me quedé callada, esperando escuchar alguna palabra de él, pero solo escuchaba sus gritos al teléfono, llamando a una ambulancia. Entretuve a mi hermana pequeña como pude, para que fuera ajena a aquel dolor que se estaba acercando, esa noche fue el principio del final.

Me alivié mucho, cuando entró mi padre a la habitación, para decirme que Mamá había recuperado el conocimiento, se la iban a llevar al hospital para hacerle unas pruebas, y cogió a mi hermana de mis brazos, que la tenía dormida en ellos, me aferré a eso, para pasar el miedo que tenía en mi interior.

Pocos días después Mamá volvió a casa, parecía, que ya había pasado todo, pero en mí, creció algo que sabía que no estaba todo bien, los largos silencios de mis padres, los llantos de mi padre, que me decía que eran por el estrés del trabajo, por miedo a escuchar lo que no quería escuchar no pregunté, no quería saber lo que había ocurrido, esperé que mi memoria borraría esa noche de mi cabeza, pero no pudo.

*Mamá tiene un bichito en el cuerpo, y es muy malo, pero ella es muy fuerte y lo matará,* me decía mi padre una tarde comiéndonos un helado, que, a mí, me sabía muy mal, por esas palabras, pero me agarre a la misma idea de él, que mi madre era muy fuerte y pronto pasaría todo.

Por un buen tiempo, todo pasó como dijo mi padre, Mamá estaba muy bien, por lo menos de cara a nosotras, pero por dentro seguramente estaría muy mal, pero siempre que la recuerdo, estaba con su sonrisa, quitándole importancia a todo. Un buen día en una consulta donde mi madre acudía para que le pusieran una dieta para su enfermedad, vi, como mi hermana agarró la cabeza de mi madre jugando y le arrancaba los mechones de pelo, como si nada, solo tocándolos, mire a mi padre, y él rápidamente se los quitaba a mi hermana de sus manos, era muy difícil de entender aquella situación, ¿cómo es que se le caía el pelo?, ¿cómo es que, en apenas unos días, todo su hermoso pelo había desaparecido? Otro amargo helado, con otro silencioso paseo con mi padre de la mano, para explicarme el porqué de lo que le estaba pasando a Mamá, en ese paseo, fue cuando me armé de valor, de ese valor, que siempre mi padre decía que tenía, pero que yo ocultaba, le hice la pregunta a mi padre, ¿Mamá se va a morir?, no me respondió, solo me abrazó, me dijo que no tenía que pensar en esas cosas, pero el miedo estaba en mí, estaba tan presente en mí, que yo, ya me imaginaba que no estaba mi madre, le preguntaba a mi padre, si a mí me pasaría como a Cenicienta, si el, estaría con una mujer, cuando Mamá ya no estuviera y a nosotras no nos querría, - *tu madre va a dar mucha guerra todavía y esas cosas, que no se te pasen por la cabeza-* me decía mi padre. Empecé a mirar a mi madre con otros ojos, solo quería estar pendiente a ella, no quería estar un instante separada de ella, por si tenía que morir, quería recordar su cara, su sonrisa y llenarme de ella cada día que estuviera con nosotros.

Pasó el tiempo y nos acostumbramos a su enfermedad, fuimos recuperando la vida poco a poco, ella, se encontraba muy bien y mi padre volvió a trabajar, cuando mi madre mejoró, estaba todo el día con nosotras, a mi padre apenas lo veíamos, por las noches, los escuchaba discutir, que no nos veía, que estaba todo el día fuera de casa y ya no preguntábamos por él, le decía Mamá, esa noche mi padre al entrar a mi habitación a darme el beso de buenas noches, me pilló despierta y me dijo si lo había escuchado todo, empecé a llorar y decirle que sí, que yo, si preguntaba por él.

A los días de esa discusión, estábamos una tarde en casa, Mamá, siempre jugaba con nosotras, mi hermana pequeña estaba dormida en el salón y nosotras dos en mi habitación, de pronto se desmayó en el suelo, primero pensé que era un broma que me estaba gastando, pero se movía de una forma muy rara y de la boca le salía mucha espuma, recordé las palabras de mi padre, - *tranquila y si algún día le pasa algo a Mamá, llámame, pero no te pongas nerviosa-*, lo llamé y me dijo, que dejara la puerta abierta y vigilará a mi hermana para que no la viera así, antes de salir de la habitación, él, ya había llamado a las vecinas que se presentaron al momento y a una ambulancia, para que yo no estuviera sola, con Mamá así.

Me sacaron al parque con mis amigas, mientras llegaba la ambulancia y mi padre, que al mirarlo no lo reconocí, sus manos temblaban al abrazarme, nunca lloré tanto como en aquel momento, cuando lo vi, él ya estaba ahí. El miedo de nuevo se apoderó de mí, mi cabeza solo hacía pensar en que ella ya no volvería, cuando vi que la ambulancia se estaba marchando, no quería soltar a mi padre de la mano, no quería quedarme sola, y él me repetía que tenía que ir al hospital con ella, que pronto llegaría.

No tardó mucho en llegar a recogernos de la casa de una vecina, y nos llevó a su habitación, yo no quería dormir en la mía, todavía estaba asustada por lo que había vivido, mi padre me decía lo orgulloso que estaba de mí, por lo bien que lo había hecho, y lo valiente que era. Desde ese día mi padre, dejó a un lado el trabajo y no dejó a mi madre sola, ni a nosotras, Mamá ya no era ella, recuerdo que me preguntaba las cosas muchas veces, y apenas se levantaba del sofá, siempre con la ayuda de mi padre, que la llevaba en brazos de un sitio para otro de la casa, y Mamá decía que era su criado.

A la salida del colegio un día nos recogieron mis tíos, que ellos viven muy lejos, mi madre se había puesto peor y se la habían llevado al hospital, esa misma tarde me llevaron a verla, pero, era un hospital muy pequeño, apenas había gente en él, y mi padre salió al pasillo y me habló, - *tienes que ser fuerte, y entrar a ver a Mamá, tienes que despedirte de ella-*, todavía con el paso de los años esas palabras las tengo grabadas en mí, no fui capaz de entrar, el miedo me paralizó, mi hermana correteaba junto a ella, sin saber lo que estaba pasando, pero yo observaba a mi madre desde lejos como me llamaba para que entrara, yo agarrada a la mano de mi padre, que la apretaba, negándole a Mamá con la cabeza, porque quería que entrara y no tuve el valor de hacerlo. Nunca imaginé, que esa sería la última vez que viera a Mamá, cuando salía de ese hospital con mi tío de la mano, pero no me quería hacer a la idea, de lo que estaba a punto de pasar.

Cuando escuché abrir la puerta de casa, y la voz de mi padre despidiéndose de mi prima, que cuidó de nosotros un par de días, no quería salir de la habitación a verlo. Su cara al entrar ya me lo estaba diciendo todo, apreté fuerte a mi hermana entre mis brazos para que me sirviera de consuelo, mientras mi padre se arrodillaba delante de nosotras, sus ojos rojos, su voz ronca, su cara cansada, ya no me hacía falta que me dijera ninguna palabra más; *empieza una nueva vida, tesoros míos y nunca estaréis solas. Mamá se ha ido, ya no pudo aguantar más, y está descansando-, - ya no escucharé más sus gritos por la noche papá*, le dije a mi padre, llorando y abrazados los tres, arrodillados en el suelo. El peor día de mi vida, porque de todos los niños del mundo, me tuvo que tocar a mí, porque tuvo que morir mi madre, me preguntaba una y otra vez y se lo volvía a preguntar a mi padre, la tristeza llenó mi corazón y otro miedo se apoderó de mí, qué pasaría si mi padre moría también.

El tiempo fue pasando y la herida todavía estaba abierta, como dice mi padre, el tiempo no cura nada, el tiempo no es un doctor, solo te hace acostumbrarte al vacío, y nos fuimos haciendo a la idea de que ya no volvería. Mi padre solo se preocupaba de que nosotras estuviéramos bien, todo lo que yo le preguntaba, él me respondía, aunque a veces me dolía la respuesta, me decía que nunca me engañaría, y eso me ayudaba en día a día, de sentir la sinceridad en alguien, los miedos poco a poco se iban marchando. Pero él notaba que yo no estaba bien, así que busco ayuda para mi hermana y para mí, de una asociación que según decía él, ayudaba a los niños enfermos y a nosotras nos iban a ayudar, para superar la pérdida de Mamá. El primer día que fuimos a la asociación, le preguntaba a mi padre en el coche, el porqué del nombre, Andrés Olivares y me contó la historia del nombre y lo que hacían, eso me gustó y me dio más confianza en ir, ya que los nervios estaban metidos en mi estómago.

Con Laura fue todo de maravilla, me encantaba hablar con ella, pintar, jugar, y desahogarme, cosas que a mi padre tenía miedo de preguntarle, fui abriendo mi cabeza poco a poco y haciéndome a la idea, de que lo que había vivido, lo vivían muchas personas en el mundo, me hicieron ver, todos los que me rodeaban, que el mundo está lleno de vida y no podemos parar un segundo en estar mal, porque el tiempo que paramos ya no volverá jamás.

Un día haciendo los juegos en el patio de la asociación, me di cuenta, de que ese ya no era mi sitio, de que había niños que lo necesitaban mucho más que yo, aprendí ese día muchísimo de ellos, quizás no jugué tanto, porque estaba con un poco de vergüenza, de ver la fuerza que tenían en su interior, me sentía incapaz de sentir la ilusión, de esos niños que estaban muy mal de salud, pero siempre con una sonrisa, me dieron una lección de vida, como auténticos superhéroes, los comparaba.

Por muy mal que todo esté, siempre hay alguien que te intenta cuidar y preocuparse por ti, yo creía que la oscuridad, en la que había entrado nunca saldría, se me fue rompiendo el rencor que me tenía a mí misma, por no haber entrado a la habitación para despedirme de Mamá, como lo hizo mi hermana inconscientemente, mi padre, me hizo saber que él tampoco pudo despedirse de ella y esas palabras me aliviaron por dentro.

Miro a mi hermana y me pregunto, que pasará por su cabeza cada vez que está callada, cada vez que mira la tele o está pintando. Me pregunto, si recordará, todos los días malos que vivimos en casa, si pensará en Mamá, como pienso yo cada día. Ella, a su manera se encerró en sí misma, sin apenas hablar y mirar a las personas que no eran conocidas, ella, decidió expresar su dolor de esa manera, sé que mi padre lo pasaba mal en cada situación cuando mi hermana no hablaba. Pero, también al igual que yo, poco a poco ha ido curando su corazón.

Con el paso del tiempo, está volviendo a ser esa niña risueña y alegre que era antes de todo, cada vez que le habla a alguien o lo abraza, miro a mi padre y su sonrisa no tiene precio para mí, me encanta ver, como le da la mano a alguien más, que no se a mi padre, está recuperando la confianza que perdió, y eso nos hace felices, ella, también ha necesitado su tiempo y la paciencia necesaria que le hemos dado.

He visto a mi padre, volver a sonreír, una vez le dije, que después de lo de Mamá ya no sonreía, y ahora lo notó más feliz, todos necesitamos el cambio que buscamos. Queremos empezar una nueva vida, queremos volver a ser felices, el hueco que dejó mi madre nunca se podrá llenar, pero, no por eso, nos debemos encerrar y seguir siempre echándola de menos, nos toca volver a ser felices a los tres, de descubrir el mundo, que dice mi padre que hay ahí fuera, que hay muchas sonrisas esperando que las atrapen y corazones que llenar.

Todo se supera en la vida, porque siempre hay alguien que sufre contigo y te ayuda a ser feliz, nosotros vivimos la muerte de mi madre con el dolor de dos niñas pequeñas, pero todo lo que nos rodeó, fue amor y fuerza de los que nos quieren, eso es lo que queremos transmitir, que siempre te rodees de las personas que sumen en tu vida, rodéate de abrazos y de sonrisas, de quien te acaricie y te mire con los ojos de una madre.

Alma, magia, y corazón.

Francisco Marín